

Cónsul se atiene al Senado para las provincias, nuestra opinión es que se respete el voto del Senado, y nos opondremos á la apelación al pueblo; si no, todo aquel que se niegue á manifestar su opinion puede contar con nuestro apoyo.» El Cónsul pidió un día para conferenciar con su colega, y al siguiente se atuvo á la decisión del Senado. Las provincias se decretaron del modo siguiente: un cónsul recibió la Sicilia y las treinta naves rostratas que había tenido Servilio el año anterior, permitiéndole pasar al África, si lo creía útil á los intereses de la República. Al otro se encargó el Brucio y la guerra contra Annibal, con el mismo ejército de Veturio ó Q. Cecilio. Estos últimos sortearían ó se aventurían para decidir cuál de ellos había de operar en el Brucio con las dos legiones que dejaba el Cónsul, debiéndose prorrogar por un año el mando al que quedase encargado de esta provincia. Á todos los jefes, además de los cónsules y pretores, que estaban llamados al mando de ejércitos y de provincias, se les prorrogó también el mando. La suerte designó á Q. Cecilio para quedar con el Cónsul y hacer la guerra en el Brucio. Celebráronse con entusiasmo los juegos de Scipión en presencia de numerosa asamblea. Envióse en legación á Delfos para llevar la ofrenda tomada del botín de Asdrúbal á M. Pomponio Matho y Q. Cacio,

dignidades consulares, pretorianas, edilicias, tribunicias y cuestorias. Así como los cónsules elegidos daban los primeros su opinión, de la misma manera los pretores y los tribunos elegidos parece que gozaron de igual preferencia sobre el resto de su orden. El Presidente del Senado podía á su beneplácito interrogar un miembro de este Cuerpo, haciéndolo algunas veces por deferencia ó amistad. Los Cónsules observaban ordinariamente durante todo el año, para interrogar á los senadores, el orden que habían seguido al comenzar sus funciones.

quienes llevaban una corona de oro, de doscientas libras de peso, y simulacros de diferentes despojos de plata maciza y de mil libras de peso. No se concedió á Scipión el levantamiento de nuevas tropas, que solicitó débilmente, pero se le autorizó á llevar voluntarios; y como había dicho que su flota no costaría nada á la República, se le dió permiso para que recibiese lo que le dieran los aliados para construir nuevas naves. Los pueblos de la Etruria fueron los primeros que prometieron ayudar al Cónsul, cada uno según sus medios. Cerea ofreció trigo y todo género de provisiones para las tripulaciones; Populonia, hierro; Tarquinia, la lona para las velas; Volterra, trigo y jarcias; Arrecio, tres mil escudos, otros tantos cascos, venablos romanos y galos y picas largas, elevándose, en cantidades iguales, á cincuenta mil: hachas, espíochas, hoces, toneles, piedras de molino para el equipo de cuarenta naves largas, ciento veinte mil modios de trigo, y los gastos de camino de los decuriones y remeros; Perugia, Ausio y Rusela daban pino para la construcción de las naves y considerable cantidad de trigo. Scipión tomó el pino de los bosques de la República. Los pueblos de la Umbria, y con ellos los de Numa, Reata y Amiterno, así como toda la Sabina, ofrecieron soldados. Los mardos, los pelignos y los marrucinos suministraron muchos voluntarios, que se alistaron en las tripulaciones. Los camertos, que se habían aliado á Roma bajo el pie de completa igualdad, enviaron una cohorte armada, fuerte de seiscientos hombres. Treinta quillas de naves, de las que veinte eran quinquerremes, y diez cuadrirremes, se pusieron en los astilleros; y tanto activó los trabajos el General, que cuarenta y cinco días después de haber sacado de los bosques la madera de

construcción, fueron botadas al mar las naves equipadas y armadas.

El Cónsul partió para Sicilia con treinta naves largas y cerca de siete mil voluntarios á bordo. Por su parte, P. Licinio reunió en el Brucio los dos ejércitos consulares, tomando para él el que había mandado el cónsul Veturio y dejó á Metelo al frente de las legiones que había tenido ya bajo sus órdenes, pensando que dirigiría más fácilmente sus operaciones con tropas acostumbradas á su mando. También partieron los pretores para sus respectivas provincias. Pero faltando dinero para la guerra, recibieron orden los cuestores de vender la parte del territorio campanio que se extiende desde el Foro de los griegos hasta el mar; autorizáronse las denuncias para conocer las tierras que pertenecían aún á particulares campanios, y que incorporaron al dominio público de Roma; y para alentar á los denunciadores, se les prometió la décima parte del valor de los terrenos que denunciasen. Cn. Servilio, pretor urbano, quedó encargado de vigilar la ejecución del senatus-consulta que designaba residencias fijas á los ciudadanos campanios y castigar á los que habitasen en otras partes. En aquel mismo verano, Magón, hijo de Amílcar, que había invernado en la más pequeña de las islas Baleares, embarcó lo más escogido de la juventud, y pasó á Italia con una flota de cerca de treinta naves rostradas y considerable número de las de transporte, conduciendo doce mil hombres de infantería y cerca de dos mil caballos. Encontró desguarnecida y sin defensa la costa; presentóse bruscamente delante de Génova y se apoderó de ella. Dirigiéndose en seguida á la costa de la Liguria Alpina, esperando provocar un levantamiento en ella, la abordó. Los ingaunos, pueblo de la Liguria,

estaban entonces en guerra con los epanterenos, habitantes de las montañas. El cartaginés depositó su botín en Savona, plaza fuerte en los Alpes, dejando diez naves en la rada para guardarlo, y enviando las otras veinte á Cartago para proteger la costa de África, porque corría el rumor de que Scipión iba á atravesar el mar; después, habiendo ajustado alianza con los ingaunos, cuya amistad le pareció más ventajosa, decidió atacar á los montañeses. Los galos, atraídos por la celebridad de su nombre, engrosaban diariamente su ejército. Cartas de Sp. Lucrecio dieron aviso de estos sucesos al Senado, y se temió haberse regocijado demasiado precipitadamente dos años antes por la destrucción de Asdrúbal y de su ejército, si era cierto que iba á renacer otra guerra, igualmente temible, en la que nada había cambiado más que el General. El Senado se inquietó mucho y mandó al procónsul M. Livio que dejase la Etruria y se dirigiese con sus voluntarios á Ariminio. Encargóse al pretor Cn. Servilio que colocase las legiones urbanas, si consideraba necesaria su partida, bajo las órdenes de quien quisiera, y que las hiciese entrar en campaña. M. Valerio Levino las llevó á Arrecio. En aquella misma época cerca de ochenta naves de transporte, pertenecientes á Cartago, fueron capturadas á la altura de las costas de Cerdeña por Cn. Octavio, pretor de la provincia, según Celio: aquellas naves iban cargadas de trigo y otras provisiones para Annibal: según Valerio, llevaban á Cartago el botín recogido en la Etruria y los prisioneros hechos en las montañas de la Liguria. En el Brucio no ocurrió en aquel año ningún acontecimiento notable. Una epidemia atacó igualmente á romanos y cartagineses; pero el ejército cartaginés padeció más de la peste y del hambre. Annibal pasó todo

el verano cerca del templo de Juno Lacinia; allí erigió y dedicó un altar, haciendo grabar con caracteres griegos y púnicos larga inscripción relatando sus hazañas.

FIN DEL LIBRO XXVIII.

LIBRO XXIX.

SUMARIO.

Regreso de Lelio.—Reproducción de la guerra con España.—Su terminación.—Magón recibe refuerzos de Africa.—Scipión se apodera de Locros, poniendo en fuga á Annibal.—Paz con Filipo.—Traslación de la estatua de Cibeles á Roma desde Pesinunta.—La recibe P. Scipión Nasica.—Quejas de los locros.—Prisión y muerte de Plemio.—Rumores contra P. Scipión: su justificación.—Pasa al Africa.—Sifax rompe la alianza ajustada con Scipión.—Masinisa se une á Scipión.—Mata á Hannon y derrota su ejército.—Scipion levanta el sitio de Utica.—Ventajas del cónsul Sempronio sobre Annibal.—Censo de los ciudadanos.—Discordias entre los censores M. Livio y Claudio Nerón: sus apasionados actos.

En cuanto llegó Scipión á Sicilia ordenó los voluntarios y formó centurias, conservando cerca de sí, sin armar, trescientos jóvenes en la flor de la edad y en toda su fuerza, sin decirles á qué servicio los destinaba ni por qué no los incorporaba á las centurias ni los armaba. En seguida eligió en toda la juventud siciliana trescientos caballeros de las familias más nobles y ricas para llevarlos con él al África, y les señaló el día en que habían de presentarse montados y armados. Aquella expedición era penosa, lejana de su país y parecía que les amenazaban muchos peligros en tierra